

OBJETOS TESTIGO

La poética de los OBJETOS TESTIGO se vale de *objetos migratorios* que, resistiendo las vicisitudes propias de la actividad en el taller, parecen haber encontrado las condiciones adecuadas para *hacer acto de presencia* pública. Estos objetos errantes resultan significativos al acomodarse a una narrativa expositiva concreta, al tomar conciencia de que su sentido estético deriva de su disposición o presentación y de las relaciones que establezcan con el resto de obras. Como una especie de boceto inicial, estas formas aparentemente irrelevantes, estos objetos emancipados de cualquier significado definitivo han vivido su día a día aguardando una oportunidad para ser funcionales y llamar la atención, una oportunidad para ser elegidos y —condensando un interés, elaborando una gramática, depurando su apariencia— convertirse en objetos de “arte”. Abandonando su errática vida, estas cuasi-obras de arte han adoptado su forma precisa al ser investidas con una idea (organizativa), dando así carta de naturaleza artística al hecho de estar rodeados de artilugios y objetos materiales que no dejan de ser entidades sintomáticas de una mecánica de la producción que son los restos (in-acabados) de esa misma mecánica de la producción.



Objetos testigo, 2020.

Estos restos o propuestas de objetos se caracterizan por su condición de parcialidad, inacabamiento, deterioro, abandono (burocrático)..., son fragmentos triviales que aluden a la trivialización del trabajo; demostraciones de lo que no se ha podido o no se ha sabido representar, es decir, de lo que no se ha logrado llevar a buen término. Prótesis de objetos (sin tesis). Fascinación por lo humilde, por lo que aún no tiene voz propia. Los objetos (máquinas de coser, máquinas de escribir, moldes, hormas, mangos, manuales de ortopedia o propedéutica mecanográfica) dan testimonio de la física del trabajo, del trabajo manual, industrial, artesanal, repetitivo, maquinal..., de esos oficios mal remunerados, quehaceres del (hombre o la mujer)-padre, alienaciones de los “tiempos modernos” de las que uno necesariamente tiene que desvincularse si quiere tener una (buena) vida. Los objetos reubicados en la instalación OBJETOS TESTIGO son las reliquias de la deshumanización del trabajo, en un laberinto hecho con mobiliario descartado se concatena una selección de objetos “amputados” que parecen aspirar al anonimato, a la ausencia de autoría. Humilde fascinación por lo que aún no ha sido perfeccionado, por el objeto desdeñado.



Homenaje a Morandi, 2017.
Metal, resina, plástico y tela, 120 x 50 x 40 cm.

Desprendidos de sus usos habituales (incluyendo ciertos automatismos propios del arte contemporáneo: la rutina de las series, la utilización de patrones y reglas, listados y documentos que, colonizando impunemente los espacios expositivos, transforman la burocracia documental en el fetiche de la insatisfacción estético-social),

estos OBJETOS TESTIGO responden a esa mecánica que hace del encuentro y la superposición, de la filiación y la disyunción de elementos dispersos, un desconcierto en donde la extrañeza de la forma se convierte en una forma extrañada del pensamiento, un proceso en donde el cachivache recuperado funciona como testigo de una actividad creativa oculta, más íntima quizás; una actividad que, aunque rompa con la inercia del lenguaje “uniformado”, de alguna manera, ya en el espacio expositivo, no nos queda más remedio que identificar como una forma específica de arte. Un aprovechamiento que parece hacer del despiste o la coincidencia un detonante para que el espectador avisado se cuestione el valor de lo que ve, es decir, para que dude de si lo que tiene delante de sus ojos es arte o un aparato crítico del sistema del arte; de si es simplemente una forma de arte o de si es, a mayores, la expresión de una experiencia descreída de su propio valor, una especie de aspaviento cínico. Pero... ¿no es virtud del artista hacernos pensar diferente, en lo diferente, como el diferente, pensar, en definitiva, la diferencia? ¿No es virtud del artista hacer una obra aceptable de una cosa despreciable? ¿No es virtud del artista hacer sensible lo irrelevante, razonando o subrayando lo inclasificable?

Aunque inicialmente no construya una frase mínimamente legible, el objeto artístico debe *estar en forma*, debe mantenerse a la expectativa de un significado, debe reflejar la impronta del yo, ser carne de uno mismo que se entrega, espacio sensorial, fisonomía concreta atravesada de psiquismo; debe encontrar una razón para funcionar como expresión, como una cadena de sintagmas legibles que se resuelven con un lenguaje propio.



Tulipa-n (negro) o Tulicrem, la cosa es ponerse a cien, 2018.
Técnica mixta, 30 x 30 x 40 cm.

Tal vez solo inicialmente, en el propio proceso de aprendizaje o definición de ese lenguaje, la obra de arte se conforma con un lenguaje balbuciente. Pero cuando el autor se vale de un lenguaje que no ha pulido o formalizado completamente, cuando se sustancia la cosa rota, la cosa incompleta, el despojo..., el objeto artístico se nos presenta como el indicio de un propósito incumplido o como una cosa-chisme aparentemente insignificante, como ese objeto de (no) arte que se convierte inmediatamente en la reivindicación de algo tan equívoco como seguramente legítimo: del objeto que solo da la cara como acontecimiento, del objeto que solo es visible extraviándolo de la vulgaridad del momento, del objeto cuya intención final, al ser paralizado su proceso de depuración, hay que dejar en suspenso.



Testigo material, 2020-23.
Diversos materiales, 80 x 35 x 145 cm.

Las palabras y las cosas que permanecen en la memoria, eso creemos, son las figuras que nos confirman que hemos tenido una vida, una vida más o menos salpicada por acontecimientos que, convertidos en relatos, acabamos repitiendo como una rutina de la que no podemos prescindir. Esas figuras han sido en realidad los testigos de un tiempo olvidado que actualizamos cuando reparamos en todo lo que nos ha pasado al echar la vista atrás. De igual forma, en el transcurso del proceso (interior) artístico, que es una forma de vivir la vida, hay un repertorio de objetos e ideas que perduran en el tiempo más de lo que uno hubiera pensado inicialmente. Y tal vez sean estos objetos custodiados el fiel reflejo del ser a la espera que somos en realidad, los testigos de cargo que prueban que es imposible reconciliar la idea que uno tiene de sí mismo con la imagen o las imágenes que proyecta.



Una nueva masculinidad (nº2), 2022.

Vidrio, 55 x 35 x 75 cm.

El objeto se *hace a la idea* porque al estar desprendido de un relato, al estar en vilo, es siempre susceptible de significar otra cosa, tiene siempre la posibilidad de ocupar otro emplazamiento. Si la obra de arte solo es definible en su mayoría de edad, uno siempre puede pensar que el autor queda desautorizado cuando muestra objetos incompletos que simplemente son testigos de un proceso particular, testigos de una vida sin identidad. Cabe siempre, no obstante, la posibilidad de que el autor y la colectividad que apadrina esa obra queden indiciariamente retratados en lo inacabado. Lo inacabado, aunque sea indefinible (e indefendible), es también, al mismo tiempo, la expresión más genuina del ser en construcción. Genuina porque al diferir el significado, al dejarlo en el aire, a ese ser en construcción se le dota de una vida-pensamiento todavía en evolución, es decir, se le dota de la posibilidad de readaptarse continuamente y ser otro una vez más.

danielverbis - 2020